

EL DIALOGO COMO URGENCIA (1)

B. López Molina, S. J.

"Hablando, en general, acerca de esta actitud de interlocutor que la Iglesia debe hoy adoptar con renovado fervor, queremos sencillamente indicar que ella debe estar dispuesta a sostener el diálogo con todos los hombres de buena voluntad dentro y fuera de su propio ámbito" (1).

La historia del lenguaje es al mismo tiempo historia de la cultura y de los movimientos del espíritu. Hay palabras que encarnan una época. Palabras, que en el marco complejo de la sociedad humana, despiertan al mismo tiempo sueños de entusiasmo y de esperanza, y alegrías cargadas de sospechas. Nuestra época también las tiene. Palabras que corren de boca en boca abriendo mundos distintos: "Encarnación", "Aggiornamiento", "Renovación de estructuras", "Compromiso", "Burguesía", "Prudencia", "Conformismo"...

No cabe la menor duda. La palabra "Diálogo" es una de ellas. Y la Iglesia, en su deseo ardiente de recoger cuanto de bueno hay en la corriente vital de nuestro mundo, la ha hecho suya abrazándola como don del Espíritu. Es más, Ella misma —en palabras de Pablo VI— se ha hecho "diálogo" "La Iglesia debe ir hacia el diá-

logo con el mundo en que le toca vivir. La Iglesia se hace palabra; la Iglesia se hace mensaje; la Iglesia se hace coloquio" (2).

A nosotros nos queda recogerla, darle su plenitud de sentido, llevarla a la vida práctica. Y el diálogo "nos hará sabios, nos hará maestros" (3). Porque la Iglesia somos todos nosotros.

La Iglesia en su jerarquía ha dialogado con el mundo. Y el fruto de ese diálogo ha sido un concilio y una nueva vida y esperanza en todos sus miembros. Diálogo leal, sincero, abierto a todos y a la verdad venga de donde venga. Diálogo que, en muchas ocasiones, ha supuesto una lucha, una división de campos en el seno conciliar, pero que al fin ha triunfado esparciendo su luz por todo el mundo. Dispuesto a recoger las voces múltiples del mundo contemporáneo y hecho desde

(1) *Ecclesiam suam* (ed. Apostolado de la Prensa, n.º 34).

(2) *Ibid.* n.º 27).

(3) *Ibid.* n.º 32).

dentro mismo de ese mundo contemporáneo, porque desde fuera es imposible salvarle. "Como el Verbo de Dios que se ha hecho hombre, hace falta hacerse una misma cosa hasta cierto punto, con las formas de vida a quienes se quiere llevar el mensaje de Cristo, hace falta compartir —sin que medie distancia de privilegios o diafragma de lenguaje incomprensible— las costumbres comunes, con tal de que sean humanas y honestas, sobre todo de los pequeños, si queremos ser oídos y comprendidos... El clima del diálogo es la amistad. Más todavía, el servicio" (4).

Y es que el origen del diálogo es trascendente, se enraiza en Dios. En el Dios mismo trinitario en eterno Hablar que es Amor. Y en el Dios que se relaciona con el hombre. "La Historia de la salvación narra precisamente este largo y variado diálogo que nace de Dios y teje con el hombre una admirable y múltiple conversación" (5). De esa conversación la última y más maravillosa palabra es Cristo. "Dios, que en los tiempos pasados muy fragmentaria y variadamente había hablado a los padres por medio de los profetas, al fin de estos días nos habló a nosotros en la persona de Hijo" (6). Diálogo de salvación abierto espontáneamente por iniciativa divina, nacido del amor del Padre, abierto a todos, libre en su acogida, gradual y con el ansia de la hora oportuna y el sentido del valor del tiempo.

"Hace falta —nos ha dicho Pablo VI— que tengamos siempre presente esta inefable y diagonal relación, ofrecida e instaurada con nosotros por Dios Padre, mediante Cristo en el Espíritu Santo, para comprender qué relación debamos nosotros, esto es, la Iglesia, tratar de establecer y de promover con la humanidad" (7).

(4) Ibid. n.º 33).

(5) Ibid. n.º 28).

(6) Hebreos 1, 1-2.

(7) Ecclesiam suam n.º 29.

La Iglesia no puede ni debe limitar su quehacer a la guarda y defensa de los dones que posee. Tiene una misión de ir y enseñar a impulsos del amor. Misión que se realiza en el diálogo. "Nosotros daremos —son palabras de la "Ecclesiam suam"— a este impulso interior de caridad que tiende a hacerse don exterior de caridad el nombre, hoy ya común, de diálogo" (8).

Diálogo, que es al mismo tiempo prueba de solidaridad: "El Concilio testigo y expositor de la fe de todo el pueblo de Dios congregado por Cristo, no puede dar mayor prueba de solidaridad, respeto y amor a toda la familia humana que la de dialogar con ella acerca de todos estos problemas..." (9). Y ese diálogo prudente y sincero es medio requerido en la colaboración de todos los hombres, creyentes y no creyentes, para la edificación de este mundo, que supone una comunión interpersonal basada en el mútuo respeto de la dignidad espiritual de cada persona.

Junto a la dirección vertical humana e identificándose con ella, Dios se identifica con el otro, existe la horizontal. Y el hombre ha de volverse hacia sus hermanos. En su relación personal con ellos se realizará a sí mismo contribuyendo al crecimiento de la propia sociedad. Se capacitará en el diálogo de la vida social para responder a su vocación.

Por eso la Iglesia, en virtud de su misión, "se convierte en señal de fraternidad que permite y consolida el diálogo sincero" (10). Y el Papa no tiene reparo en revelar que el diálogo debe caracterizar su oficio apostólico, que es tarea obligada de la Iglesia el trazar límites, formas y caminos para

(8) Ibid. n.º 26.

(9) Constitución Gaudium et spes n.º 3.

(10) Ibid. n.º 92.

mantener animado siempre un diálogo vivo y benéfico.

Nadie puede ser extraño e indiferente a este diálogo. Todos pueden entrar a participar de él con tal de que vayan marcados con el signo de la buena voluntad. "Quienes sienten u obran de modo distinto al nuestro en materia social, política e incluso religiosa deben ser también objeto de nuestro respeto y amor. Cuanto más humana y caritativa sea nuestra comprensión íntima de su manera de sentir, mayor será la facilidad para establecer con ellos el diálogo" (11).

Y en el seno de la misma Iglesia "muchas veces sucederá que la propia concepción cristiana de la vida les inclinará en ciertos casos a elegir una determinada solución. Pero podrá suceder, como sucede frecuentemente y con todo derecho, que otros fieles, guiados por una no menor sinceridad, juzguen del mismo asunto de distinta manera. En estos casos de soluciones divergentes, aún al margen de la intención de ambas partes, muchos tienden a vincular su solución con el mensaje evangélico. Entiendan todos que a nadie le está permitido reivindicar en exclusiva a favor de su parecer la autoridad de la Iglesia. Procuren siempre hacerse luz mutuamente con un diálogo sincero, guardando la mutua caridad y la solicitud primordial por el bien común" (12).

Las relaciones, pues, interiores de la Iglesia han de alcanzar el tono de espíritu propio de un diálogo entre miembros de una comunidad, cuyo principio constitutivo es la caridad. Tono de espíritu, que sin suprimir la función propia de la autoridad por un lado y de la sumisión por el otro, da a la obediencia un nuevo y defini-

tivo matiz: es una obediencia enderezada hacia el diálogo: "Así, por obediencia enderezada hacia el diálogo, entendemos el ejercicio de la autoridad, todo el impregnado de la conciencia de ser servicio y ministerio de verdad y de caridad..." (13). Espíritu de amor al que sería radicalmente opuesto por el otro lado el espíritu de independencia, crítica y rebelión que tiende a transformar el diálogo en discusión, altercado o desidencia.

Dios es el Diálogo eterno e inefable. La Iglesia se ha hecho diálogo. Y ese diálogo práctico a nivel conciliar y jerárquico ha dado frutos extraordinarios. La Iglesia una vez más imitando a su Esposo Cristo, Palabra del Padre, sigue cumpliendo su misión. Pero ese diálogo, para que pueda desarrollar en plenitud de riqueza todas sus virtualidades, no puede ni debe quedarse ahí. Porque la Iglesia abarca a todo el pueblo de Dios. Precisamente cuando el Obispo habla en el Concilio lo hace como representante de su Iglesia, captando en comunión viva con ella el íntimo sentir de la comunidad, el palpitar de su vida cristiana, el anhelo auténtico de Dios que en ella existe. Sentir, que sólo puede ser captado, real y prácticamente, en un diálogo profundo, íntimo, leal, sincero, vivo y desapasionado. Preciosamente lo expone el Concilio: "Lo cual requiere, en primer lugar, que se promueva en el seno de la Iglesia la mutua estima, respeto y concordia, reconociendo todas las legítimas diversidades para abrir, con fecundidad siempre creciente, el diálogo entre todos los que integran el único pueblo de Dios, tanto pastores como fieles. Los lazos de unión de los cristianos son mucho más fuertes que los motivos de división entre ellos. Haya unidad en lo necesario, libertad en lo dudoso, caridad en todo" (14).

(11) Constitución *Gaudium et spes* n.º 28.
(12) *Ibid.* n.º 43.

(13) *Ecclesiam suam* n.º 44.
(14) Constitución *Gaudium et spes* n.º 92.

Si queremos, por tanto, ser fieles a las mociones del Espíritu Santo en su Iglesia, todos, comunidad, pastores y fieles, hemos de abrirnos al diálogo fraternal y sincero, hemos de soñar con captar la fuente, las corrientes que agitan y fecundan la vida de la comunidad cristiana, no la de ayer, sino la de hoy. Y por más duro que a veces nos pueda parecer, no podemos cerrar nuestros oídos a muchas voces que se levantan, y a las que con demasiada frecuencia oponemos nuestra sordera porque no nos interesan sus gritos. Habría mucho que cambiar y somos cobardes.

Y es que el diálogo no es fácil. Entraña una aventura y un riesgo. Forzosamente lleva en sí la duda de unas certezas redondas y hasta cierto punto tenidas por intangibles. Duda que actúa como agente purificador, que limpia impurezas y redondeces, y deja al descubierto la verdad con sus aristas. Los siglos y la tradición —no la auténtica, sino aquella que la tradición lleva consigo de temporal y perecedero, de encarnación en tal o cual tiempo y cultura— van dejando adherencias de las que conviene despojarse para no ahogarse en lo que no es obra de Dios,

sino de hombres. Duda, que por otro lado, nada tiene que ver con la debilidad respecto al compromiso de nuestra fe, que no es irenismo, sincretismo o escepticismo, sino todo lo contrario búsqueda sincera de la verdad más pura.

La Iglesia, pues, nos ha enseñado a dialogar, nos ha enseñado a dudar, a no tener miedo y plantarnos firmes y preguntamos el por qué de los hechos, de las estructuras, de los preceptos, de las maneras y modos de pensar. Hace falta valentía para ello. Dialogar es también estar dispuesto a cambiar, a entrar en crisis.

Y esa actitud de diálogo cuando es sincera y auténtica, sólo puede desembocar en un ahondamiento personal en la verdad, en un afinamiento profundo en lo auténtico. Por eso uno puede preguntar y debe esperar la respuesta caritativa del hermano que venga a iluminar la propia respuesta, más o menos insegura, con que cada uno se contesta su pregunta. Y ese preguntar y responder, aunque alcance puntos delicados, no es símbolo de una falta de riqueza interior, de bondad, sino anhelo de ella.

«Las relaciones entre los obispos y los sacerdotes diocesanos deben fundarse principalmente en los vínculos de la caridad sobrenatural de forma que la unión de voluntad de los sacerdotes con la voluntad del obispo haga más fecunda la acción pastoral de los mismos. Por tanto, a fin de promover más y más el servicio de las almas, tenga a bien el obispo llamar a coloquio, común incluso, a sus sacerdotes, señaladamente sobre temas pastorales, y ello no sólo ocasionalmente, sino, de ser posible, en tiempos fijos».

Decreto sobre el deber pastoral de los obispos, n. 28